



Hé aquí la crónica, que transcribimos del citado colega:

“Un diplomático”

De pequeño, parecíame lógico aplicar este calificativo a los compañeros que, en la final justa escolar, ganaban mayor número de diplomas. Guiado por este ingenuo razonamiento infantil, creía, asimismo, que el Paraguay era una gran fábrica de paraguas y Curacao un lugar de donde procedían los curas.

¿Qué queréis? Inexplicables creencias de una dorada época perdida.

Hoy, a la misma pregunta respondería:

Un Ashaverus, culto, correcto, que trae en la retina una colección de viñetas amables, levemente veladas de melancolía. Pero de esa melancolía elegante, sabia, lírico brebaje, que es dulce beber todas las tardes, mientras los espirales de humo del habano danzan lúgicamente, en el suntuoso gabinete, donde retratos y baratijas —obligatorio equipaje del viajero inteligente y artista— destilan pesarosas angustias de ausencia e inquietudes lejanas.

Tal el doctor Olivera. Mundano, discreto y admirable “causser”.

En su primera juventud fué periodista.

El periodismo —me dice— es una enfermedad de contagio fácil y desarrago muy difícil, de la cual no creo haberme curado todavía... Tampoco sé si lo he querido... Al retorno de mi última estada en Europa, una residencia de siete años largos e intensos —la guerra, la postguerra— y durante los tres meses escasos que precedieron a mi venida a este país, sentía a menudo la necesidad de visitar a los camaradas de juventud, en las redacciones, desde donde han seguido militando en el periodismo, fieles a la primera llamada del espíritu... Era para mí un infinito placer sentirme en los antiguos ambientes, aspirar otra vez los aires, la tinta de imprenta, evocadores de tanta escena, detalle y emoción lejanas, lamentablemente lejanas; de ilusiones que no se cumplieron; de amigos que ya no viven...

Bajo su apariencia, pausada y grave, el doctor Olivera, oculta un entusiasmo fervoroso y exaltado, más fuerte que el desgaste moral de una existencia, tan amplia y tan profundamente vivida.

A nuestro interlocutor lo animan los recuerdos queridos, la vuelta de las sombras familiares.

Y para qué decir el interés con que le seguimos, mientras van desfilando, en la intimidad de redacciones y cénculos, tan altas figuras como el divino Rubén, Leopoldo Lugones, José Ingenieros, Ricardo Rojas, Carlos Octavio y Roberto Bunge, Rodolfo Moreno, Manuel Ugarte, Mañas Sánchez Sorondo, Juan Pablo Echagüe... (Vamos leyendo un capítulo argentino de “Anatole France en pantuflas”, de un Broussais, que no conociera la ironía... en esta ocasión...) Emilio Beecher.

Emilio Beecher... hubimos de repetir sin disimular nuestra extrañeza, por un nombre perfectamente ignorado de nosotros, que creímos conocer algo de letras argentinas.

—Emilio Beecher... Mucho lo quisiera... Fué la inteligencia más fina de mi generación, quizás de todas las generaciones argentinas... Murió joven y produjo poco, el Enemigo Verde... pero en su obra completa que cabría en un volumen de trescientas páginas, está la base de una gran glo-

Interesante reportaje al ministro de la República Argentina, en el Ecuador, doctor Ricardo Olivera, hecho por un redactor del semanario “Fígaro”, de Quito.

ria literaria... “El diálogo de las sombras”—se lo haré leer a usted, pido firmarlo France, France que tenía con Beecher el parentesco heleno...

Y me dice lo último, con una entonación emocionada y triste, que enferma momentáneamente el ambiente.

Al hablarle de Manuel Gálvez, su voz rotunda y clara, adquiere una vibración nostálgica y fraternal.

A Manolo Gálvez —dice— me une

Con inimitable buen gusto, ha diseminado en deliciosa promiscuidad, acuarelas, caricaturas, aguas fuertes, pasteles de artistas renombrados, entre los que, honrosamente, figuran obras de artistas nuestros; pequeñas y frágiles porcelanas de fábricas ilustres, que abastecieron las antesalas monárquicas.

Regresa con el libro, y al hojearlo leo la siguiente dedicatoria afectuosa:

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. AMADEO NATALE
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 — U. T. 7882, AV.

Dr. JUAN E. CARULLA
Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente
enfermedades internas
Méjico 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 6819

Dr. VICTOR MORASCHI
OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPTOMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 ½
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4728, Rivadavia

Dr. ALBERTO T. BARRAGAN
DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 Sáenz Peña 216

Dr. A. R. ZAMBRINI

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oídos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. JORGE I. DEL PIANO
Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque.
Asistente a la clínica del profesor
Sobieski (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 — U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO PINTO

MÉDICO CIRUJANO
Ex Practicante Interno de los Hospitales
San Roque y de Niños de la Capital
Federal.—Señoras y Partes.
Emé. MITRE 1272 Adrogues

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef., 5728, Juncal

una amistad antigua, desde los bancos de la escuela. Juntos fundamos “Ideas”, la revista que siguió a “El Mercurio de América” y que precedió a “Nosotros”. Acabo de recibir su último libro “El Espíritu de Aristocracia”. Se lo voy a enseñar.

Mientras el doctor Olivera me dejó para buscarlo observó el gabinete de trabajo, donde tan gentilmente me ha recibido. Al lado de próceras figuras, entre las que reconozco a Marcelo de Alvear, en pose oficial, que no por eso le quita el aire señorial y la expresión bondadosa; Roque Sáenz Peña, cuya actitud parece plasmar la célebre frase aquella: “América para la humanidad”; Victorino de la Plaza, Mariano Avellaneda, Estanislao Zeballos, Joaquín González, Luis María Drago y otros más como los anteriores, definitivas notabilidades de quienes podrías decirte con el poeta, “Sacrificar un mundo para pulir un gesto”.

“A Ricardo Olivera, que con tanto acierto representa la cultura argentina en el Ecuador. Recuerdo de su viejo y leal camarada.—Manuel Gálvez”.

—Aquí—le digo—conocemos poco a Gálvez. “El Solar de la Raza”, “El Mal Metaphisico” y algún otro de sus libros. Sin embargo, han sido suficientes para afianzar en nuestro concepto su alto valor artístico. “El Mal Metaphisico” sobre todo, a través de cuyas páginas, dolorosas y amargas, cruzan figuras de tan enorme realidad como las de Riga, Orloff y Jacques Nouvelens, ese admirable desenchantment de Calixto Albarán...

—Sí, en efecto, son personajes reales—contesta.—Yo me he codeado con ellos... Orloff, por ejemplo... Debe haberlo leído usted. Es... como debe haber leído, los versos de Nouvelens—el Verlaine bonaerense...—Yo, con todo, prefiero “La Maestra Normal”...

La charla se torna íntima. Nuestro

interlocutor, invadido por la melancolía de los recuerdos juveniles, nos trae a la memoria el verso de Darío “Juventud, divino tesoro”...

—El teatro nacional argentino, si no me equivoco, es de reciente fundación?

—Sí; no tiene más de veinte años... Yo asistí a su nacimiento. Y colaboré. Fué con Juan Pablo Echagüe, que era ya crítico temido... ¡El nombre! Ya no lo recuerdo... Fué al montón anónimo... Sillar en el pedestal de la magnífica fábrica... Podría citar los primeros éxitos ruidosos: “La piedra de escándalo”, “M’ijo el doctor”, del gran Florencio Sánchez...

—Lo conoció usted?

—Sí. Justamente cuando ensayaba “M’ijo el doctor”, en los bastidores de la Comedia, con Enrique García Velloso, con José León Pagano, con Otto Miguel Cione, junto a la gracia fresca y el talento naciente de Blanca Podestá, la admirable intérprete de hoy... De hoy que tenemos a Lola Membrives, Angelina Pagano, Camila Quiroga, María Ester Pomar... ¡Pobre Sánchez! La vida fué dura con él; no alcanzó a las siete cifras de los balances de la Sociedad de Autores... No habría muerto tuberculoso de haber nacido más tarde.

—Pero acaso, tampoco habría hecho la maravillosa obra que ha dejado...

—Su vida fué dolorosa y triunfal—agregó a modo de responso.

Un criado, enfrascado en severa librea, adelantó una tarjeta en una pesada bandeja de plata. Habíamos conversado dos horas largas; lo acusaban la botella expirante y el cenicero repleto.

Nos despedimos, y al pasar fuimos observando las mil y un cosas bellas que este culto diplomático ha ido colecciónando minuciosamente.

En las vitrinas atestadas, volúmenes, volúmenes y volúmenes, ediciones originales, ediciones raras, ediciones valoradas por autógrafos ilustres. ¡Oh! tenue pátina melancólica, la que destilan estos como cementerios de gloria de las bibliotecas.

Sobre un atril abierto, como en una mesa de operaciones, el “Diccionario de Autoridades”; más allá, sobre un bargueño del siglo XVI, todo Marcel Proust.

El retrato dedicado de Alfonso XIII, el rey caballero, sobre un cofre de primorosos embutidos y un retrato que dice “Princesa Charles de Suede”... (una fecha borrosa...) en un rincón penumbrado y quieto, dan a la estancia un prestigio romántico y señorío, de algo muy noble y remoto.

Tapices quiteños que no sienten embargo al lado de los orientales que decoran los muros.

Y tantas cosas más, donde el espíritu observador y artista podría pasar un año de belleza constante.

Al acercarme a la redacción, me pregunto sobre salto: “y de qué voy a hablar?”

Pensaba hacerle mil preguntas sobre motivos un tanto peliazudos y sólo hemos tenido una charla literaria.

¡Bah! ¡No importa! Dejemos a otro la pesada tarea de reportear al diplomático. Yo he entravistado al intelectual culto, amplio y simpático, digno representante de una intelectualidad de vanguardia. A un hombre que sin alambicamientos ni sutilezas, sólo con un gran gesto cordial, representa a un gran país, hospitalario y fuerte.”

Carlos RIGA.

